

do dolor corporal se acaba para él, porque es feliz, inmensamente feliz, por la posesión de Dios en sus facultades superiores.

Jesucristo tuvo siempre aquella visión beatífica; debía, pues, ser siempre feliz. No; el dolor no era para Él. Pero para redimirnos, y más aun para enseñarnos a sufrir, quiso sufrir también, y deteniendo el raudal de felicidad que brotaba de sus facultades superiores, impidió esa dicha derivada a sus facultades sensibles, y por eso sufrió en su corazón y en sus sentidos.

Fué un milagro, es decir, una cosa maravillosa, extraordinaria, no lo niego. Eso no debía ser, según el orden natural de las cosas. Puesta la causa debe seguirse el efecto. Jesucristo tenía en la parte superior de su alma, la causa de toda dicha, y sin embargo, su omnipotencia impidió el efecto, por nuestro amor.

Imagínese usted un río que fertiliza una vega. ¡Qué de flores! qué de arbustos y de árboles reciben de las linfas del río la fuerza y la vida, con que embellecen la vega! Pero que venga alguien y ponga una compuerta al cauce del río. Las aguas se irán aglomerando inmensamente detrás de aquella compuerta, inundarán los campos superiores, porque el río sigue corriendo, pero ¡ay! la vega antes florida, se volverá un árido y seco desierto, las flores mustias se doblarán sobre sus tallos y morirán, los árboles se secarán, la tierra perderá su alfombra de verdura. Todo sufre, todo muere en aquel antiguo edén.

Así sucedió con Jesucristo. El torrente de la felicidad que brotaba de la visión beatífica, encontró una compuerta puesta por la mano omnipotente; las aguas de la dicha siguieron corriendo e inundando en purísima felicidad la parte superior de su alma santísima, pero sus facultades sensibles, pudieron sufrir y sufrieron, hasta el punto de que Jesús sintió la honda tristeza del Huerto, el abandono, la soledad, la angustia y todos los dolores.

La causa de estas penas en la parte sensible de nuestro Salvador, fueron nuestros pecados. Los pecados de todos los hombres, que con su ciencia infinita conocía, aun antes de que en el tiempo se cometieran... Pero así como veía ya entonces nuestros pecados, que le causaban tanta pena, así veía también nuestros actos de amor, nuestra reparación, nuestro arrepentimiento y esto le consolaba, igualmente en la parte sensible de su persona.

En su parte superior ese consuelo no lo necesitaba. ¿Qué puede hacer una gota, en un océano? Perderse. Así el con-